



DOS

Luna

Uarias horas después de que Perla y Sivo se retiraron a dormir, me escabullí con sigilo por la escalera en espiral que llevaba a la base de la torre. Mientras descendía, resonaba en mis oídos el eco apagado del chillido del conejo, como un recordatorio de lo que me esperaba Afuera. No descarté el recuerdo. Me aferré a él para que me mantuviera alerta.

Había acompañado a Sivo suficientes veces y ya no necesitaba bajar a tientas. No necesitaba rozar con las manos las paredes húmedas con grietas donde crecían musgo y helechos. Sabía dónde colocar los pies. Sabía el momento

exacto en que debía bajar la cabeza para evitar el dintel bajo. Sabía dónde inclinarme en la sala circular, dónde tomar el cerrojo que lleva a la antecámara y a otra puerta, esta en la planta baja.

Luego de salir de la antecámara y de cerrar la puerta, me desvestí en el frío e inhalé el aire húmedo y mohoso. Mis dedos temblaban ligeramente al desatar los lazos del frente de mi camisón y quitármelo; mi respiración irregular era como un susurro en el aire frío. Tenía que quitarme todo, desde las zapatillas hasta las cintas de mi cabello artísticamente trenzado. Perla insistía en ponerme las cintas, como si todavía estuviéramos en la corte, donde eran importantes los detalles tales como un buen peinado, y no aquí, donde solo vemos pasar los días. Existimos, no vivimos. Me llenó una nueva resolución.

Colgué mi ropa en la clavija que estaba cerca de la puerta, y la piel desnuda se me erizó. Me puse el atuendo apropiado, que siempre quedaba en esta habitación que olía a helechos y tierra. Era una precaución. Los moradores tenían un olfato excelente y no queríamos que los atrajeran los aromas de la torre –pan horneado, hojas de menta y cera de abejas– que se adherían a nuestra ropa de todos los días. Mis manos encontraron fácilmente mi vestuario exterior. Busqué más allá de las prendas grandes de Sivo, que estaban colgadas en la primera clavija. Gracias a Perla, mi ropa estaba menos gastada que la de él, y mi chaqueta de gamuza no era tan suave. Esta noche tendrían un poco de uso.

Mis manos recorrieron el cuero blando de mis pantalones. El material estaba bien curtido. Sivo se había ocupado de eso:



había frotado y arrastrado la ropa entre hojas y tierra hasta impregnarla con el olor penetrante de la tierra arcillosa.

Tomé un morral de otra clavija y luego elegí mis armas entre una variedad que había en el estante. Coloqué un cuchillo en mi bota, una espada y su vaina en mi cintura.

Un sonido lejano, casi imperceptible, me llamó la atención. Ladeé la cabeza y agucé el oído para identificarlo. No venía del interior de la torre. Mis tutores no estaban despiertos. Este sonido llegaba desde Afuera. Lo oía casi todos los días desde mi balcón. Uno de ellos andaba por allí. Tal vez más.

Me acerqué y apoyé la mano en la sólida pared de piedra. Era gruesa, robusta y confiable. Nos mantenía a nosotros adentro y a ellos afuera. Y aun así, Perla se preocupaba. Siempre lo hacía.

Seguí escuchando. Yo sabía escuchar, esperar. Sabía cuándo moverme. Sivo decía que ese era mi don. La oscuridad profunda y empalagosa hacía que fuera más fácil distinguir los sonidos. Los sonidos y los olores permanecían, no parecían disiparse nunca.

Al cabo de un rato, decidí que era solo una criatura que arrastraba los pies sobre las hojas. Sus pisadas eran una ejecución musical formada por constantes golpes arrastrados. Podía contarlas una tras otra. Había un compás entre paso y paso, y las pisadas no se superponían.

El morador tenía la respiración áspera que los caracteriza, con grandes bocanadas de aire húmedo que emiten un sonido sibilante al pasar entre los palpos que se les retuercen en la boca.

Esperé que pasara y que se internara más en el bosque.

Segura de que ya estaba demasiado lejos para oírme, destrabé la puerta del piso. La torre tenía una sola entrada visible. La manera más obvia de entrar y salir. Raras veces la usábamos, por si había alguna persona vigilando la torre a la espera de ver salir a alguien. Otra de las precauciones de Sivo.

Aferré el aro de metal y abrí la puerta, agradecida por el silencio de los goznes bien aceitados. Descendí al túnel con cuidado, por el musgo resbaladizo, y trabé la puerta sobre mi cabeza para asegurarme de que quedara bien cerrada.

Bajé las manos y giré, hincando los tacos de mis botas de suela blanda en el piso de piedra. Caminé de prisa por el túnel por debajo de la torre y aminoré el paso cerca del final. Levanté las manos y busqué el cerrojo del portón secreto. Al encontrarlo, trepé por los puntos de apoyo en la pared de piedra y esperé en la oscuridad, atenta a cualquier sonido cercano.

Al cabo de un largo rato de silencio, destrabé la entrada, la abrí y salí a la noche. Cerré la puerta escondida en el suelo del bosque y volví a cubrirla con hojas y tierra.

Me incorporé y respiré con una sensación de libertad. No había paredes que me encerraran. Había vida alrededor. Una bandada de cuervos graznaba y batía sus alas en el aire con frenesí. Una rana croaba. Un mono correteaba por un árbol, saltaba de rama en rama, chasqueaba la lengua por mí. Había insectos hinchidos de sangre que zumbaban y gorjeaban. Uno de ellos pasó volando a mi lado y sus patas peludas me rozaron el hombro. Perla pensaba que transmitían enfermedades, pero nunca nos picaban. Estaban gordos y bien alimentados por picar a los moradores. Nosotros éramos una magra tentación.



El viento susurraba entre ramas y hojas, levantando los vellos diminutos que enmarcaban mi rostro. Pero no había tiempo para disfrutarlo. Tenía que regresar antes de que despertaran.

Mis pies se movieron con rapidez hacia el arroyo donde crecían las fresas. Aunque no hubiera hecho esa caminata varias veces, mi nariz y mis oídos podían guiarme entre la oscuridad perpetua. Había aprendido a usar el viento, a escuchar y a percibir los cambios en las corrientes de aire según la ubicación de los objetos. El mundo tenía su propia voz y yo la escuchaba.

Oí el borboteo rápido del arroyo antes de apreciar el olor del agua fresca. Me arriesgué a apretar un poco el paso, sabiendo que el sonido del agua al correr ayudaba a disimular cualquier ruido que pudiera hacer sin querer.

Salí de entre los árboles, me acerqué al arroyo, me acuclillé en la orilla pedregosa y bebí con avidez. El agua helada se me derramó por el mentón y el cuello. Me la enjuagué con el dorso de la mano, sentada sobre los talones, mientras un pez chapoteaba cerca de la superficie.

Además de la cisterna que habíamos armado encima de la torre, donde recolectábamos el agua de lluvia, la única agua que teníamos era la que Sivo llevaba en baldes. Era un proceso laborioso y arriesgado.

Me puse de pie, me sequé las manos en la chaqueta y me dirigí hacia las matas. Levanté la tapa del morral y empecé a arrancar fresas; mientras lo hacía, me llevé algunas a la boca y dejé que su sabor oscuro y ácido estallara en mi lengua. La bolsa estaba casi llena cuando oí el grito angustiados. Lo sentí como una vibración.



Dejé de masticar. Aquel grito era humano y se había oído cerca. Mi mente se aceleró; tracé mentalmente un mapa de la zona, y vi con toda claridad lo que no podía ver en la oscuridad. El arroyo, la torre, la dirección desde la que había provenído el grito.

Con pesadumbre, comprendí cuál había sido el motivo. Era una de las varias trampas que había colocado Sivo para capturar animales. A veces caía un morador y él lo remataba. Uno menos para asediar esta tierra.

Hice una mueca al oír otro grito desesperado. Había por allí una persona, y estaba en problemas por nuestra causa. Se me convulsionaron los músculos del vientre. Ni siquiera conocía a ese individuo sin rostro, pero quería aferrarlo, sacudirlo, taparle la boca con la mano y ordenarle que hiciera silencio. No era posible que hubiera vivido hasta entonces sin conocer la importancia del silencio. La voz de Sivo susurró a través de mí, ordenándome darle la espalda y volver a casa.

Hice caso a la voz: bajé la tapa de mi morral y enfilé hacia la torre, casi corriendo sobre el suelo esponjoso.

Y entonces oí al primer morador. Fue un grito de aviso, una llamada a sus hermanos. Largo y penetrante, agudo y disonante; algo que ningún ser humano podría emitir. El chillido espeluznante me produjo una sensación como la de las uñas sobre vidrio. Mi corazón se aceleró a más no poder. Donde había un morador...

Siguió un grito de respuesta, y luego dos más en rápida sucesión. Los conté mentalmente en un segundo. Cuatro moradores.

Inhalé, y busqué sus sonidos, tratando de calcular a qué



distancia estaban. Mientras avanzaba entre los árboles y las enredaderas que me dificultaban el paso, escuchaba y buscaba en el aire un sabor a cobre. Los moradores siempre traían adherida la sangre de sus víctimas. Estaban acercándose. El aire estaba cargado con una capa de barro y cobre que se destacaba por sobre el olor habitual a vegetación en descomposición.

Mientras corría, desenvainé mi espada y la empuñé con la mano sudorosa. El viento menguó y cambió la corriente, bloqueada por un objeto grande adelante: la torre.

Reconocí el declive del suelo bajo mis pies al acercarme a casa. Iba a llegar. Se me llenó el pecho de júbilo. La mano fría del miedo empezó a aflojarse y a soltarme.

Entonces hubo otro grito. Más largo, lastimero y hambriento. Se me heló la espalda. Eran cinco.

Casi había llegado a mi hogar, pero para la persona que estaba atrapada en la trampa, el terror apenas empezaba.

Me detuve a pocos centímetros de la entrada escondida. Respiraba con agitación por la carrera y la sangre corría caliente por mis venas. En mi cabeza susurraban las voces de Sivo y Perla, que me instaban a abrir la puerta y bajar al túnel para sobrevivir.

Meneé la cabeza. La vida tenía que consistir en algo más que esconderse y contar los días hasta el último suspiro. Tenía que ser algo más que mirar hacia otro lado cuando alguien perdía la vida. Tenía que ser... más.

Aferré con fuerza la empuñadura de la espada, le di la espalda a la puerta y volví a internarme en el bosque.

